



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

244 705
2007-12-C 20/13
LEON XIII

Y

LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES.

DISCURSO LEIDO POR

DON MANUEL POLO Y PEYROLÓN

en la solemne junta con que la Juventud Católica de Valencia
conmemoró el Jubileo sacerdotal del Romano Pontífice,
el día 23 de Diciembre

DE

1882.



VALENCIA,
IMPRENTA DE JOSÉ PEDRÓS, ROTHEROS, 23
1883.

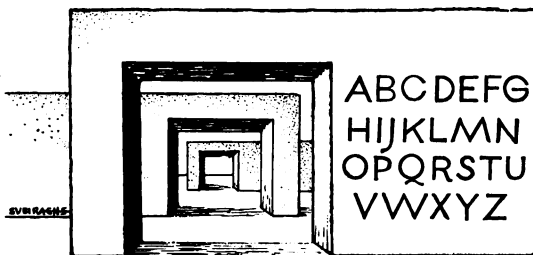


LEON XIII

Y

LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES.

Reg. 112.225



EX-LIBRIS BIBLIOTECA DE CATALUNYA

LEON XIII
Y
LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES.

DISCURSO LEIDO POR

DON MANUEL POLO Y PEYROLÓN

en la solemne junta con que la Juventud Católica de Valencia
conmemoró el Jubileo sacerdotal del Romano Pontífice,
el día 23 de Diciembre

DE

1882.



VALENCIA,
IMPRENTA DE JOSÉ PEDRÓS, ROTHEROS, 23
1883.

Es propiedad del Autor.



LEON XIII

Y

LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES.

I.

Señores:

NO siempre el orador tiene la fortuna de dirigirse á oyentes benévolo, dóciles y atentos; de aquí la necesidad del exordio para preparar convenientemente el ánimo del auditorio. Tampoco todos los asuntos merecen las simpatías y menos el amor entusiasta del público; de donde la conveniencia de insinuarse, cautivando hábilmente corazones y desvaneciendo prejuicios infundados. Gracias á Dios, todos estos recursos oratorios són inútiles en el presente caso. Hablo á católicos fervientes, que no necesitan preparación alguna, y que, como buenos hijos, acuden presurosos á felicitar á su augusto padre; y es imposible, que á mi oración sencilla no llegue alguna chispa de esa hoguera de amor que en vuestros pechos arde.

Tratemos, pues, de León XIII, cuyo jubileo sacerdotal celebra hoy el orbe católico y conmemoramos también nosotros

después de habernos acercado esta mañana á la sagrada mesa, congregándonos ahora en estos salones para dar comienzo á la presente solemnidad lírico-literaria.

El asunto es placentero; mas para mí difícil. Placentero, porque ¿qué hijo no se complace haciendo el debido elogio de su padre? Difícil, porque la verdadera historia del Papa reinante no se ha escrito aún, ni se ha podido escribir; porque, lejos de Roma y no siéndome dado acudir al arsenal de los libros, necesariamente han de faltarme datos, no mereciendo tampoco fé completa los escasos que diseminados existen en folletos, revistas y periódicos; y, en fin, porque aun no he tenido la dicha de postrarme á los pies del actual Supremo Gerarca de la Iglesia, ni de contemplar amorosamente y cara á cara su figura venerable.

Hasta cierto punto, puede suplir todo esto vuestra benevolencia grande, mi voluntad no pequeña, y la costumbre en mi antigua de seguir diariamente y paso á paso, por medio de los periódicos, el movimiento católico del mundo.

No obstante ¿se puede decir tanto del augusto Pontífice que rige los destinos de la Iglesia católica! Su austeridad, su ciencia, su virtud, su prudencia esquisita, su energía grande, su perfecto conocimiento de cosas y personas, su laboriosidad sin ejemplo, sus dotes de mando, su discreción, su buen gusto literario, su elocuencia ciceroniana, su caridad inagotable, su tacto para los negocios, su extremada pericia diplomática y cien dones más, que en confuso tropel acuden á mi mente y con los cuales ha querido enriquecerle la Providencia divina, se prestan á elogios tan estupendos y á reflexiones tan útiles para los dichosos hijos de tan buen Padre, que (lo digo con franqueza) no sé por dónde empezar, ni en qué parte detenerme, ni qué proposición escoger para fundamento de este pobre edificio.

En medio de mis vacilaciones no fingidas, me ocurre, que quizás escuchéis con aprovechamiento y gusto, á la vez, una

ligera reseña biográfica de Leon XIII y la enumeración de los principales deberes de los católicos españoles para con el Papa en los presentes calamitosos tiempos.

II.

La ilustre familia Pecci, del orden patricio, oriunda de Sienna y establecida en Perugia desde el siglo XV, cuenta entre sus miembros no pocos personajes preclaros. Únicamente en orden á la santidad, figuran entre los antepasados de Leon XIII, «un Pedro Pecci, que mereció el honor de los altares; un Emilio Pecci, á quien los turcos martirizaron; una Margarita, y una Ambrosia Pecci, que fueron beatificadas por la Iglesia.»¹

Vicente Joaquín Pecci y Prosperi, nació el día 2 de Marzo de 1810 en el palacio condal de Carpinetto, pueblo de unos 3.500 habitantes, perteneciente á la diócesis de Agnani, en los antiguos Estados Pontificios, distante 16 leguas de Roma y 6 de Agnani y situado sobre una especie de promontorio de los Volscos, á orillas del torrente Foxo y al pié del monte Capreo. Los condes Luis y Ana, sus padres, depositarios, no tanto del poder y riquezas de los Pecci como de las cristianas tradiciones de tan piadosa familia, educaron con esmero religioso al niño Vicente Joaquín, cuarto de sus hijos, hasta que en 1818 pasó con su hermano José, al colegio de Viterbo, dirigido por PP. de la insigne Compañía de Jesús. En aquella santa casa aprendió latin y humanidades con el P. Leonardo Garibaldi; y en 1824, habiendo fallecido su piadosa madre la condesa Ana Prosperi, se trasladó á Roma bajo la tutela cari-

¹ Discurso pronunciado en la Unión Católica, por D. José María Carulla.

ñosa de un tío suyo, se instaló en el palacio del Marqués Muti, y comenzó sus estudios en el célebre Colegio Romano, cuya dirección acababa de encomendar el Papa León XII á los sábios y virtuosos hijos de San Ignacio de Loyola. Con lucidez extraordinaria, cursó allí filosofía, matemáticas, física, química y teología, contándose entre sus maestros más celebrados los PP. Fernando Minimi y José Bonvicini, elocuentes oradores; Juan Bautista Pinciani, filósofo eminente; Andrés Carafa, gran matemático; Juan Perrone, Francisco Manera, Miguel Zechinelli y Cornelio Van Everbrok, teólogos renombrados; y por último, el sábio exegeta Francisco Javier Patrizzi, que logró la dicha de ver sentado en la Cátedra de San Pedro á su perilustre discípulo.

A un condiscípulo suyo debemos las siguientes noticias, que ha publicado *La Civiltà Cattolica*: «Puedo asegurar que mientras estuvo en Viterbo, todo el mundo admiraba su viva inteligencia y más todavía la singular pureza de sus costumbres. Habiéndole tratado en la escuela de Humanidades, donde éramos rivales, me complacía en observar un alma tan viva y tan inteligente. Durante sus estudios en Roma no buscó compañías, ni tertulias, ni diversiones, ni juegos. Su mesa de trabajo era todo su mundo; profundizar las ciencias su paraíso. A los doce ó trece años escribía latín en prosa y en verso con facilidad maravillosa pasa su edad.» Todos los que le conocieron confirman estas palabras. El Duque Sixto Riario Sforza, después Cardenal Arzobispo de Nápoles, donde murió en olor de santidad el año de 1877 y el Conde Vicente Joaquín Pecci, fueron dos verdaderos modelos entre los muchos escolares romanos de aquella época.

Prueban, además, el aprovechamiento grande con que el segundo cursó las ciencias, tanto profanas como sagradas, los siguientes hechos: en 1828 obtuvo el primer premio en física y química y el primer accésit en matemáticas; en 1830 el primer premio en teología; mientras cursaba teología enseñó

filosofía en el Colegio Germánico; y, por último, en los registros del Colegio Romano, correspondientes al año de 1830, hay dos notas, que literalmente dicen así:

«Vicente Pecci sostuvo una tesis pública sobre muchos puntos del *Tratado de las Indulgencias* y sobre diversas cuestiones relativas á los Sacramentos de la Extremaunción y del Orden, en el aula mayor del Colegio y en medio de una numerosa concurrencia de Prelados y de otros personajes distinguidos, á quienes se concedió la facultad de proponer cuestiones al candidato, después de la argumentación de los tres interrogadores oficiales. En cuya discusión dió pruebas el jóven estudiante de un ingenio tan notable, que pareció probado para empresas más altas.»—«En la Academia de Teología, Vicente Pecci ha disputado valerosamente sobre las indulgencias en la gran aula, ante los doctores del Colegio y de otras personas muy recomendables por su doctrina. El jóven estudiante ha mostrado en este ejercicio público, llevado á efecto según las formas académicas, mucha aplicación y fuerza intelectual, por lo cual y como testimonio de honor, se ha querido inscribir aquí su nombre.»

En 1831 se recibió de doctor en sagrada teología, ingresando poco después en la Academia de Nobles Eclesiásticos, verdadero plantel de la famosa Prelatura romana, donde cursó derecho y diplomacia. Se doctoró en ambos derechos y en 16 de Marzo de 1837 el Papa Gregorio XVI, de santa memoria, que le tenía en mucho, le nombró su Prelado doméstico y Refrendario de la *Signatura*.

En edad aun muy temprana, su decidida vocación al sacerdocio le llevó á recibir las primeras sagradas órdenes en la capilla de San Estanislao-Kostka de San Andrés del Quirinal, y el día 23 de Diciembre de 1837, hoy hace 45 años, en la capilla del Vicariato, fué elevado á la excelsa dignidad de presbítero por el Príncipe Odescalchi, celebró en los fastos del Sacro Colegio, porque con humildad no acostumbrad

cambió gustoso la púrpura cardenalicia por la negra sotana del jesuita.

El gobierno Pontificio utilizó incontinenti las dotes relevantes del joven Prelado y Monseñor Pecci desempeñó el importante cargo de Delegado apostólico (equivalente al de prefecto ó gobernador civil) en las provincias de Benevento, Spoleto y Perugia, reorganizando la administración pública y limpiando el territorio de la primera de los salteadores en cuadrilla, que amparados por personajes civiles, la infestaban, á cuyo efecto necesario fué batir fortalezas y librar batallas en regla. Trataron de intimidarle y para lograrlo, el más poderoso protector de los bandidos amenazó al Delegado con partir á Roma, donde, según él decía, contaba con grandes influencias y con la seguridad de destituirle. «Está bien (contestó enérgicamente Monseñor Pecci); pero antes pasareis tres meses á pan y agua en la cárcel, y después ireis á Roma.» El castigo se ejecutó al pié de la letra, lo cual explica perfectamente, que durante su administración en Perugia, ciudad de unas 20.000 almas, las cárceles públicas se viesan privadas de sus habituales inquilinos. Fernando II de Nápoles dispensó al Delegado Pecci grandes honores, y en el Consistorio del día 20 de Enero de 1843 el Papa Gregorio XVI, que comprendió lo que valía el joven Prelado le preconizó Arzobispo de Damietta *in partibus infidelium*, á fin de enviarle de Nuncio á Bruselas cerca del Rey Leopoldo I. En 19 de Febrero siguiente, recibió la consagración episcopal de manos del Cardenal Lambruschini en la iglesia de San Lorenzo *in Panisperna*. Treinta y tres años tenía nada más el nuevo sucesor de los Apóstoles.

III.

Es imposible referir en pocas líneas los importantísimos negocios llevados á feliz término por Monseñor Pecci, durante su larga y gloriosa carrera episcopal, tanto en el reino de Bélgica como en la diócesis de Perusa, allí con el carácter de Nuncio Apostólico y aquí con el de Obispo.

Prueban los servicios que el Nuncio Monseñor Pecci, diplomático eminente, prestó, lo mismo á la Iglesia que al Estado, durante los tres años de su permanencia en Bruselas, el amor grande que todavía le profesan los católicos belgas, el decreto de 1.º de Mayo de 1846 por el cual Loopoldo I le agració con el Gran Cordón de su Orden, y la carta reservada que al despedirse puso el Rey en sus manos para que la entregase al Papa personalmente. Después de haberla leído, el severo Gregorio XVI dijo á Monseñor Pecci: «El Rey de los belgas elogia vuestro carácter, vuestras virtudes, vuestros servicios, y pide para vos una cosa que yo concederé de buena voluntad, la púrpura. Pero una diputación de Perusa ha venido á suplicarme que os confíe el gobierno de aquella diócesis. Aceptad ahora la Silla episcopal de Perusa, que pronto recibireis el capelo cardenalicio.»

Preconizado en el Consistorio del día 19 de Enero de 1846, hizo su entrada pública en Perusa en 26 de Julio siguiente, y durante 32 años gobernó su amada diócesis con actividad y celo superiores á todo encarecimiento. ¿Quién es capaz de referir ni siquiera los hechos más importantes de su pontificado episcopal? Volúmenes enteros podrían imprimirse coleccionando sus pastorales, llenas de unción y de ciencia. Las publicó contra el vicio de la impureza, sobre el Jubileo, acerca de la enseñanza de la Religión, creando los *Jardines de San Felipe Neri* para catequizar á los niños, sobre el poder tem-

poral del Papa, contra las escuelas protestantes, refutando el impío libro de Renán, sobre los errores actuales contra la Religión y la vida cristiana, acerca de las prerogativas de la Iglesia Católica, contra la violación de las fiestas y la blasfemia, sobre los peligros de perder la fé, acerca de las tendencias del siglo presente contra la Religión, sobre el *Año Santo*, la Iglesia y el siglo XIX, la Iglesia y la civilización, y otras tal vez de menos importancia que no han llegado á mi noticia.

Merecen párrafo aparte las dos pastorales impresas con el último de los títulos apuntados, y en las cuales demuestra brillantemente la relación íntima, como de causa á efecto, que existe entre la Iglesia Católica y la verdadera civilización del mundo. Publicó la primera en 1877, probando que todo lo que hay de bueno en la llamada civilización, lo hemos recibido en tiempos pasados de manos de la Iglesia, y que solamente por las maternales solicitudes de la Iglesia, nos será permitido conservarlo en el porvenir. Siendo el asunto tan importante como vasto, en esta primera pastoral trató de la civilización bajo el punto de vista del *bienestar físico* de los hombres, que viven en sociedad. Diez días antes de ascender á las sublimes alturas del Pontificado, en 1878, publicó la segunda, considerando á la civilización bajo el punto de vista del perfeccionamiento *moral* del hombre, dejando para ocasión más propicia el aspecto *intelectual* de la cuestión, no menos interesante y útil que el moral y el físico. Documentos son ambos, que puede consultar con fruto el apologista cristiano y que valieron al Obispo de Perusa el título de pensador eminente.

Con frecuencia pronunciaron también sus lábios inspiradas homilias, dos de las cuales han visto la luz pública, una sobre los vicios de la sociedad actual, y otra acerca de las prerogativas del Romano Pontífice. No acabaría nunca si hubiese de hacer mención expresa de sus edictos, protestas, instrucciones, estatutos, reglamentos y trabajos litúrgicos; de las cofradías que fundó, obras de propaganda, establecimientos de

enseñanza, asilos de caridad, etc., etc. Baste decir en honor del iusigne Arzobispo-Obispo de Perusa, que llevó á cabo seis veces la santa visita de su diócesis y había empezado la séptima cuando fué nombrado Camarlengo; que durante su pontificado se construyeron en aquella afortunada diócesis 36 iglesias de nuevo, 6 se están edificando, y se restauraron la mayor parte; que la catedral de Perusa debe al celo y munificencia de su Obispo Pecci ornamentos y adornos de gran precio; y que, gracias á su generosidad existe aún el Seminario Episcopal, despojado de sus bienes por inicuas incautaciones.

Padeció también persecuciones por la justicia, y en 1862 tuvo la dicha de ser procesado «por excitación al desprecio y al descontento contra las leyes civiles del reino de Italia.»

En medio de vida tan laboriosa y apostólica, aun quedaba tiempo á Monseñor Pecci para las prácticas piadosas y el cultivo de las ciencias y las letras. Instituyó y reglamentó por sí mismo la Academia de Santo Tomás de Aquino, sociedad de eclesiásticos que tenía por objeto el estudio de las obras del Doctor Angélico. Insigne humanista, cultivó también la poesía latina, y fácil me fuera daros á conocer unos hermosos versos suyos, consagrados á cantar la vida del canónigo Monseñor Rotelli.

Siete años después de haber tomado posesión de la Sede de Perusa, Pio IX, el inmortal, cumplió la deuda de Gregorio XVI y premió los merecimientos grandes del sábio y virtuoso Arzobispo, creándole Cardenal con el título de San Crisógono, y preconizándole en el Consistorio de 19 de Diciembre de 1850.

En virtud de lo cual, más adelante y sucesivamente fué miembro de la Congregación de Ritos, de la del Concilio, de la de Disciplina, y de la de Inmunidad Eclesiástica. Pio IX amaba á Monseñor Pecci y tuvo siempre alta idea de sus prendas y hasta como una especie de presentimiento de que sería su sucesor.

Así lo prueba el siguiente hecho:

«Lleváronse unos ladrones alhajas de una Virgen de Perusa. Pio IX entregó al eminentísimo Pecci para ella un cetro y una corona. Algunos días después dijo en presencia del Camarlengo y de otros Príncipes de la Iglesia: "He puesto en manos del Cardenal de Perusa el cetro y la corona, porque ya el peso de los años me oprime demasiado." ¿No parecen, señores, proféticas tales palabras dichas por el Pontífice de la paloma poco antes de subir al cielo?..»¹

Sin embargo, rara vez se presentaba en Roma el ilustre Arzobispo-Obispo de Perusa, permaneciendo en el retiro de su diócesis, donde, tanto por la energía de su carácter como por su génio conciliador, se hizo respetar y querer de amigos y enemigos, incluso las autoridades mismas representantes del Gobierno usurpador.

Desde su voluntaria oscuridad brillaba, no obstante, como estrella de primera magnitud en el cielo del Sacro Colegio, y en él puso los ojos el Pontífice de la Inmaculada para proveer el cargo más importante de la Iglesia, *Sede vacante*, á saber el de Camarlengo, palabra que se deriva del alemán *kanerling*, y que significa *jefe de cámara*. En los antiguos Estados Pontificios, el Camarlengo estaba encargado de la administración de justicia y del tesoro. Desde 1870, la jurisdicción y autoridad que le conceden la tradición y las Constituciones apostólicas refiérense sólo al gobierno de la Iglesia. En 8 de Julio de 1877 quedó vacante tan alto puesto por muerte del Cardenal De Angelis, que lo ocupaba. Pio IX, que se desvivía por el bien de su grey amada, y tal vez presintiendo su fin, consultó el caso con los Eminentísimos Cardenales todos, incluso los extranjeros, y aprobados por el augusto Consejo sus propósitos, en Setiembre de 1877 nombró Camarlengo de la Iglesia Romana al Emmo. Pecci. Al presentarle al Sacro Colegio, Pio IX

1 Discurso citado del Sr. Carulla.

hizo el siguiente merecido elogio de su sucesor: «Le he nombrado porque está dotado de mucha prudencia, de verdadero espíritu de justicia y de gran ciencia.»

Desde entonces tuvo que ir á Roma frecuentemente y después de haber sido consagrado Obispo *in partibus infidelium*, y Auxiliar de Perusa el Canónigo Laurenzzi, el Cardenal Pecci se trasladó definitivamente á la capital del órbe católico, instalándose en el palacio Falconieri, donde hacía vida no solamente ejemplar, sino austerísima.

IV.

Todos hemos presenciado los hechos que por órden cronológico me toca referir ahora; su recuerdo no se borrará fácilmente de la memoria de los católicos, y exponerlos al por menor sería haceros una ofensa, aparte de que es imposible por falta material de espacio y tiempo. Pio IX el Grande cerró los ojos para siempre el día 7 de Febrero de 1878, á las cinco y cuarenta y cinco minutos de la tarde, mientras las campanas de Roma tocaban el *Angelus*. La Cristiandad lanzó un gemido de dolor y se vistió de luto. Regocijéronse las potestades y satélites del Averno, porque creyeron asistir á los funerales del Pontificado, ó cuando menos, llegada la hora de que se sentase en la Cátedra infalible un Pontífice salido de sus ántros. Pero la Providencia divina, que no ha permitido durante diez y nueve siglos, ni permitirá nunca, que las puertas del Infierno prevalezcan contra la Iglesia, dispuso las cosas de manera, que toda previsión é interés humanos quedasen burlados. Con las solemnidades y ceremonias de costumbre, el lunes 18 de Febrero, sesenta y dos Cardenales congregados en Cónclave, se encerraron en la mansión vaticana, y el miércoles 20, el Emmo. Pecci, que tomó el nombre de León, fué canónicamente elegido Papa por 44 votos, resultado del

tercer escrutinio, y por unanimidad del Sacro Colegio, que le aclamó postrándose á sus plantas. Jamás Cónclave alguno, en medio del común enemigo, y completamente abandonado por los poderes de la tierra, ha procedido con tanta libertad y rapidez. Ni siquiera hicieron uso de su tradicional prerogativa del *veto* las naciones católicas de Austria, Francia, España y Portugal.

Oíd lo que á propósito de esta elección prodigiosa dice el Cardenal Dechamps:

«Hemos asistido á un Cónclave, y no cesaremos de dar gracias á Dios por haber visto con nuestros propios ojos la acción del Espíritu Santo en esta asamblea de más de sesenta Cardenales de la Santa Iglesia Romana. ¡Qué diferencia, muy queridos hermanos nuestros, entre la elección de un Papa y las demás elecciones que se hacen en el mundo! Los miembros del Sacro Colegio, casi todos Obispos, casi todos encanecidos por la edad, después de haber invocado al Espíritu de Dios, de haber asistido al santo sacrificio de la Misa y haber recibido la santa Comunión, procedieron al escrutinio en medio del más religioso silencio, se aproximaron sucesivamente al altar, se arrodillaron, oraron, y antes de depositar su voto en la patena y en seguida en el cáliz de oro del Cónclave, prestaron juramento en presencia del Espíritu Santo que ha de juzgarles, de elegir á aquel que creían deber escoger según Dios, para Jefe de la Iglesia universal.»

«El soplo de lo alto inclinó pronto los corazones hácia un mismo lado, y bastaron tres escrutinios para dar un Jefe al Catolicismo.»

«Nos hemos visto palidecer á León XIII cuando aceptó el cáliz de su divino Maestro, y Nos hemos oído de su boca las palabras de la naturaleza humana que tiembla con un peso superior á sus fuerzas; pero también las palabras de la confianza cristiana, que se apoya con Dios para cumplir la voluntad divina.»

«El Papa elegido, revistióse con los ornamentos pontificios y recibió la obediencia del Sacro Colegio. En esta primera obediencia y en las que se verificaron los días siguientes, hemos visto pasar delante del Sucesor de Pedro á la Iglesia Católica en sus principales representantes; á los Cardenales de Italia, con los de España y Portugal; á los Cardenales de Francia, á excepción del Arzobispo de Rennes, moribundo; á los Cardenales de Austria, de Hungría, de Bohemia, de Croacia, de Polonia; á los Cardenales de Inglaterra, de Bélgica, de los Estados Unidos de América. ¿Qué poder había podido reunir en Roma á esos ancianos de diferentes naciones? Ningún otro mas que la fé en estas divinas palabras: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*»

«Había allí como una visión de la unidad religiosa sobre la tierra, milagro viviente y vencedor de las divisiones nacionales, según esta promesa del Hijo de Dios: *Erit unum ovile et unus Pastor.*»

Con razón numeran algunos las siete maravillas realizadas en el último Cónclave, á saber:

1.ª Ser la primera elección de Papa en que, desde San Pedro, han intervenido mayor número de Cardenales (62).

2.ª Haber acudido á Roma al efecto todos los Eminentísimos Cardenales que componían entonces el Sacro Colegio, menos el Arzobispo de Rennes, tan gravemente enfermo á la sazón, que falleció el día 27 de Febrero de 1878.

3.ª Llegar á Roma todos los ausentes, incluso los más distantes, sin la menor novedad, á pesar de los padecimientos de algunos, de la avanzada edad de todos y de los rigores de la estación.

4.ª Hacer el viaje el Cardenal Mackoskley con tal rapidez, que salió de Nueva-York el 9, apenas recibió la noticia del fallecimiento de Pío IX, y llegó á Roma el 20, pocas horas después de elegido León XIII.

5.^a No haber durado el Cónclave mas que 36 horas (cosa quizás nunca vista), á pesar de los grandes obstáculos y dificultades, que hubo que vencer para celebrarlo.

6.^a La santa libertad de que ha gozado el Cónclave y la armonía también santa del Sacro Colegio, observándose puntualmente las Constituciones pontificias, en medio de un gobierno anticatólico y hostil.

7.^a El cumplimiento de la profecía que se atribuye á San Malaquías y que publicó en 1595 el benedictino Arnolfo Vion, pues sabido es que la divisa correspondiente al sucesor de Pio IX, dice: *Lumen in cælo* y las armas de León XIII son un ciprés en campo azul, cortado por un arco de plata, con una estrella ó cometa de oro á la izquierda del árbol, en la parte superior, y dos flores de lis, en la inferior.

Aun prescindiendo de todas estas maravillosas circunstancias, que consigno nada mas como hechos extraordinarios; es indudable que el mundo católico pasó instantáneamente de la honda pena, que le produjo el fallecimiento del más amado de los Papas, al más grande júbilo, causado por la elección inesperada de su sucesor. Nunca con más exactitud pudo gritarse: ¡Pio IX ha muerto! ¡Viva León XIII!

¿Queréis conocer ahora alguna de las prendas relevantes del nuevo Papa? Oid lo que escribió, pocos dias después, el Cardenal Donnet, Arzobispo de Burdeos: «He visto no poco tiempo y muy de cerca al Cardenal Pecci. Fué mi comensal todo el tiempo que duró el Concilio del Vaticano. Cada vez que he ido á Roma he tenido frecuentes relaciones con este venerable Príncipe de la Iglesia, y puedo aseguraros que unía nuestros corazones los vínculos de la amistad más íntima. No tardareis á reconocer en León XIII todas las cualidades de Pio IX, de imperecedera memoria; la misma dulzura, la misma afabilidad y la misma elocuencia. La ciencia y la firmeza de carácter se juntan en él, como en Pio IX; á una rara virtud y á una prudencia consumada. Su humildad sólo es igual á su mérito.—

Nuestros sitiales se tocaban en el Cónclave, y os diré lo que ví. Mientras se verificaba el escrutinio, que le iba á poner sobre la Cátedra de San Pedro, al oír que su nombre salía frecuentemente de la urna y que todas las probabilidades le designaban ya como sucesor de Pío IX, vi correr de sus ojos gruesas lágrimas y cayó de su mano la pluma de que se había servido. Se la cogí, diciéndole al entregársela: «¡Valor! No se trata de Vos en este momento: se trata de la Iglesia y del porvenir del mundo.» Y alzó los ojos al cielo como para implorar el auxilio de Dios.»

Por el Cardenal Bonnechose, Arzobispo de Rouen, sabemos lo que sigue: «El Cardenal Pecci, sobre quien la víspera se había concentrado el mayor número de votos, estaba pálido y dolorido en la mañana del viernes. Fué á encontrar á uno de los individuos más venerables del Sacro Colegio, en quien tenía toda su confianza y le dijo antes de que comenzara el escrutinio: «No me puedo tener en pié; tengo precisión de hablar al Cónclave; temo que se equivoque; me reputan un doctor y creen que soy docto sin serlo; suponen que tengo las dotes precisas para ser Papa y no las tengo: hé aquí lo que yo quisiera decir á los Cardenales.» Su interlocutor le contestó: «Por lo que hace á vuestra doctrina, corresponde á nosotros juzgarla y no á vos; en cuanto á vuestras cualidades para ser Papa, Dios las conoce; dejadle hacer.»

Grande fué Pío IX; aquel angelical Juan María, que ya en Sinagaglia y en Volterra dedicaba á Dios sus pensamientos y afecciones infantiles, amante entusiasta de la Virgen y adicto como nadie á los Papas; aquel jóven escolar, orgullo de las aulas teológicas y estímulo de sus condiscípulos romanos; aquel delicado sacerdote que, aunque de ilustre cuna, se consagró al ejercicio de la caridad en los hospicios de Tata Giovanni y San Miguel; aquel Visitador intrépido de las misiones de Chile, Perú y Colombia; aquel fervoroso Canónigo de Santa Maria *in Via lata*; aquel Arzobispo de Spoleto, que á los 35

años de edad era la admiración é idolo de su clero y pueblo; aquel Obispo de Imola, padre de los huérfanos menesterosos y protector decidido hasta de las mismas ovejas descarriadas; aquel Cardenal Mastai Ferretti, sobre cuyo coche descendió en Frosinone la paloma simbólica; aquel Secretario escrutador, que anegado en lágrimas pedía al Cónclave que no dejase caer sobre su cabeza la pesadumbre de la tiara, y que en 16 de Julio de 1846 saludó la Ciudad Eterna con el nombre de Pio IX. Grande, muy grande fué este Pontífice; pero, al compararle con él, no desmerece en un ápice la grandeza de León XIII, su sucesor.

Grandes son, y no pueden menos de ser, Papas que, como Pio IX, proclaman los dogmas de la Concepción Inmaculada de María (1854) y de la Infalibilidad Pontificia (1870); que publican documentos como la Encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus* (1864); que restablecen la jerarquía episcopal en Holanda (1853), Gran-Bretaña (1850) y Escocia (1878) y el Patriarcado de Constantinopla; que convocan (1868) y presiden Concilios (1869 y 1870), como el Ecuménico del Vaticano; que por tres veces (1862, 1867 y 1869) reúnen en Roma y en torno suyo á los Obispos del mundo católico; que canonizan Mártires como los del Japón (1862) y otros muchos Santos insignes; que nombran á San José, Patrono (1870) y á San Francisco de Sales, Doctor (1877) de la Iglesia universal; que extienden al mundo entero la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús (1856); que celebran Concordatos con la mayor parte de las naciones católicas; que exhortan y advierten sin cesar por medio de Letras Apostólicas de todo género á los Obispos y fieles todos de la Cristiandad; que derraman á manos llenas el tesoro de las indulgencias; que excomulgan á los invásores del patrimonio de San Pedro (1860); que condenan las herejías y toda clase de errores modernos; que nombran centenares de Cardenales, Patriarcas, Arzobispos, Obispos y Vicarios Apostólicos; que abarcan el globo en las estrechas mallas de

una red de misiones; que aprueban innumerables institutos religiosos creados al calor de las miserias modernas; que reforman y defienden con valor las antiguas Órdenes monásticas; que no transigen un punto con el error, lanzando á los cuatro vientos desde su augusto trono el célebre *Non possumus*; que resucitan las peregrinaciones; que hacen brotar oro abundante del seno mismo de la general pobreza; y que después de haber celebrado durante 59 años el incruento sacrificio del altar y sostenido sobre sus sienes por espacio de 51 el peso de la mitra, ven los días de Pedro y ocupan casi 32 años su Silla Apostólica. Grandes son en efecto; pero tan asombrosa grandeza no ha podido eclipsar en lo más mínimo la del actual Pontífice reinante Leon XIII.

Grande, extraordinariamente grande fué Pio IX, aquel Rey magnánimo y corazón tres veces Augusto, que al ceñir la corona de los Estados Pontificios, con una amnistía general abrió de par en par las puertas del destierro y de las cárceles; aquel Soberano bondadoso, que en premio de haber planteado las reformas solicitadas, vió caer á sus piés villanamente asesinado á su primer ministro Rossi; aquel Monarca destronado que desde su refugio de Gaeta recobró el secular trono de los Papas, merced á las potencias católicas y á las armas francesas y españolas; aquel valeroso Príncipe, que abandonado por los poderosos de la tierra y apoyado únicamente en sus pocos súbditos, resistió el violento empuje de las acometidas revolucionarias; aquel Sacerdote coronado, de cuya régia túnica, hecha girones, se fué poco á poco apoderando la traición y la perfidia, hasta encerrarlo en las régias cárceles vaticanas: pero no aparece menos grande, ante nuestros ojos atónitos, el actual Pontífice-Rey, que sin conservar un sólo palmo de tierra de sus dominios temporales, reina no obstante sobre doscientos sesenta millones de católicos, sobre las testas coronadas, y hasta sobre los mismos que le han despojado y encarcelan, los cuales se estremecen de espanto al sólo lejano rumor de su palabra so-

berana. No soy yo quien lo dice, sino el Barón Kerceyn de Lettenhowe, el cual, en 1.º de Febrero de 1880 exclamaba en Bruselas: «Este Papa es un Rey sin territorio y sin ejércitos; pero como reina sobre las almas, sobre las inteligencias y sobre los corazones, tiene mayor autoridad que los más grandes potentados de la tierra. Sí, señores: el Papado desposeído, es hoy más potente que nunca. Heredero de las virtudes de Pio IX, de santa memoria; continuador de su doctrina, que (dígase lo que se quiera) es la de todos sus predecesores, León XIII aparece ya como el árbitro de la humanidad: si las naciones más grandes buscan el apoyo de su autoridad doctrinal y moral, es porque ven que la tierra se abre bajo sus piés, mostrándoles los secretos designios de las sectas revolucionarias, socialistas, regicidas y nihilistas.»

V.

Verdaderamente grande se ostenta bajo la tiara abrumadora y sobre el sólio de 262 Pontífices la figura augusta del sucesor de Pio IX: el deslumbrador brillo de éste, no refleja la más pequeña sombra sobre la gloria legítima de aquél. Para los racionalistas es problema sociológico-natural, que está aún por resolver, si los grandes hombres son fruto necesario de las grandes crisis sociales, ó son las sociedades las que sufren la benéfica ó perniciosa influencia de los grandes hombres. Para los católicos no existe semejante problema: puesto que sin la voluntad de Dios no se mueve la hoja en el árbol, claro es que los grandes hombres son emisarios de la Providencia divina con el triste ú honroso encargo de hundir ó levantar á los pueblos.

A la luz de este criterio cabe decir de León XIII que es un Papa providencial, destinado indudablemente por Dios para

conducir á puerto seguro la Barca de Pedro, por encima del temporal deshecho y de las continuas borrascas que amenazan sumergirla. Cinco años próximamente hace nada más que el venerable sucesor de Pio IX empuñó el gobernalle de la nave mística y se necesitaría un tomo voluminoso para escribir la historia detallada de tan corto pontificado. Diariamente deja oír su voz soberana, como Maestro infalible de la verdad y Doctor de la Iglesia universal, adoctrinando á los pueblos por medio de Encíclicas, Letras Apostólicas, Cartas, Alocuciones y Breves. Imposible enumerar todos estos documentos pontificios, acerca de cuya existencia carezco por otra parte de datos completos y oficiales; pero de ninguna manera puedo hacer caso omiso de las once importantísimas Encíclicas que hasta la fecha encuentro registradas en las revistas católicas, y que la Santidad de León XIII ha dirigido á todos sus venerables Hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del mundo católico, que están en gracia y comunión con la Sede Apostólica.

En 21 de Abril de 1878, con mano fiel y segura, pinta el doloroso espectáculo de los males que por todas partes afligen al género humano; desvanece las ilusiones vanas de los que creyeron que el nuevo Papa se amoldaría á las exigencias de los tiempos, reconociendo las mal llamadas conquistas de la civilización moderna, reconciliándose con los usurpadores de la corona papal, ó aviniéndose, á lo menos, con el liberalismo; y protesta enérgicamente contra «la usurpación del Principado civil, que la divina Providencia concedió durante tantos siglos al Romano Pontífice, á fin de que pudiera ejercer libremente y sin estorbo la potestad que le confirió Jesucristo para la eterna salud de los pueblos.» A propósito: mucho y muy néciamente se ha hablado de supuestas componendas y transacciones entre el verdugo y la víctima, entre el nuevo Papa y el Rey de Italia; pero el gobierno del Quirinal no ha ignorado nunca la verdadera disposición de ánimo de León XIII

respecto á tan importante asunto. Quiso el rey Humberto asistir á los funerales de Pío IX y al efecto hizo pedir al Camarlengo un lugar en el cortejo. «Muy bien, señor (contestó el Cardenal Pecci al emisario de Humberto); dignaos decir á S. M. que conforme al ceremonial, que lo regula todo en estas circunstancias, el primer lugar está reservado al Embajador de Austria, el segundo al de Francia, etc.; vienen en seguida los Príncipes *extranjeros* que podrían hallarse en Roma: entre ellos, pues, tiene su puesto el rey de Italia.» Por otra parte, cinco años de reclusión en el Vaticano, de incomunicación absoluta con los detentadores del Patrimonio de San Pedro y de protestas frecuentes reivindicando para sí y para sus sucesores el poder temporal, son la corroboración más explícita y elocuente, que el Papa León XIII ha podido hacer de aquellas hermosas palabras pronunciadas por el Camarlengo Pecci.

Notorio es que la sociedad se bambolea sobre sus cimientos, socavados incesantemente por la piqueta demoledora de esos sectarios, que se dán á sí mismos los nombres bárbaros de *socialistas*, *comunistas*, *nihilistas*, etc., y público es también que cada secta tiene sus ódios predilectos, por lo cual unos atacan preferentemente la familia, éstos la propiedad, aquéllos la autoridad y todos la Religión. El ojo perspicaz del Pastor Supremo, no podía menos de conocer el mal y en su Encíclica de 28 de Diciembre de 1878, clama contra las dichas sectas, advierte á los Príncipes «que los intereses del Reino y de la Religión se hallan tan estrechamente unidos, que cuanto se quita á ésta se sustrae al deber de los súbditos y á la magestad del que gobierna» y los amonesta, más adelante, en estos términos: «Conociendo que para remover la peste del socialismo hay tanta virtud en la Iglesia de Cristo, cuanta no existe en las leyes humanas, ni en las represiones de los magistrados, ni en las armas de los ejércitos, devuelvan por fin á la Iglesia su condición y su libertad pre-

cisa para que pueda ejercer su saludable influencia en favor de toda la humana familia.»

Envenenadas las sociedades por los principios deletéreos de la filosofía moderna y conociendo «que la causa fecunda de los males, tanto de aquellos que hoy nos oprimen como de los que tememos, consiste en que los perversos principios sobre las cosas divinas y humanas, emanados hace tiempo de las escuelas de los filósofos, se han introducido en todos los órdenes de la sociedad, recibidos por el común sufragio de muchos,» publicó en 4 de Agosto de 1879 la ya célebre Encíclica *Æterni Patris*, exhortando á sus venerables Hermanos á que, para defensa y gloria de la fé católica, bien de la sociedad é incremento de todas las ciencias, renovasen y propagasen latísimamente la áurea sabiduría del Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino, como remedio eficaz y contra-veneno único de las perversas doctrinas filosóficas en boga. Este importantísimo documento sería suficiente para inmortalizar el nombre de su autor.

La doctrina católica acerca del sacramento *grande*, como le llamaba el Apóstol, del matrimonio, fué admirablemente expuesta, combatiendo á la vez los vulgarmente llamados *matrimonios civiles*; y defendidos valientemente los derechos incuestionables de la Iglesia acerca del asunto, en su Encíclica de 10 de Febrero de 1880.

En 30 de Setiembre, del mismo año, demostró su solicitud pastoral por el pueblo Eslovo, extendiendo al orbe católico el culto de los Santos Cirilo y Metodio. El importantísimo asunto de la propagacion de la fé fué objeto de otra Encíclica, que lleva la fecha del 3 de Diciembre siguiente.

En 12 de Marzo de 1881, quiso hacer partícipe al mundo católico del inapreciable tesoro de las indulgencias, concediendo un Jubileo extraordinario y plenísimo, á fin de impetrar el celeste auxilio y facilitar el bien espiritual de las almas, suplicando á la vez al Altísimo, que mirase á su afli-

gida Iglesia, socorriéndola en la lucha y encaminándola á la victoria. Son mucho de notar las siguientes textuales palabras del documento pontificio, que nos ocupa: «Los efectos más crueles de tan funesta conjuración resultan sobre todo en perjuicio del Pontífice Romano, á quien, despojado de sus legítimos derechos y de diversos modos impedido el ejercicio de su excelso ministerio, *déjasele como por ludibrio, apariencias sólo de régia magestad*. Hé aquí por qué, puestos como estamos por designio de la divina Providencia en la cumbre de la Católica jerarquía y compelidos por el deber de regir á la Iglesia universal, hace mucho tiempo experimentamos, y varias veces lo hemos dicho, cuán difícil y desastrosa es la condición á que las vicisitudes de los tiempos forzosamente nos redujeron.»

De no ménos trascendencia son las Encíclicas de 29 de Julio de 1881, que tratan de los derechos y deberes de los Príncipes y de los pueblos; la de 12 de Mayo de 1882, que se refiere á la reforma de la Órden de San Basilio el Grande de la nación Ruthena, en Galitzia; la de 17 de Setiembre del mismo año, publicada con motivo del séptimo centenario de San Francisco de Asís y en la cual se recomienda á los católicos su ingreso en la V. O. T., y la del día 8 de los corrientes, dirigida á los Obispos españoles, por lo cual tiene para nosotros importancia grande; pero imposible hacer minucioso análisis de tan preciosos documentos, dentro del marco reducido de un discurso. Por excepción diré algo de la última, al tratar de los principales deberes de los católicos españoles para con el Papa.

Si dispusiese del tiempo necesario, con fruición grande hablara también «de su carta célebre al Emmo. Monaco la Valletta, protestando contra la supresión del Catecismo en las escuelas; de su *Memorandum* para el Congreso de Berlín á favor del Catolicismo en Oriente; de su carta célebre al Cardenal Nina, donde se queja de su poder cohibido. y enca-

rece la dificultad de regir la Iglesia, manifestando además que con infeliz astucia quítasele con la mano izquierda lo que, por razones políticas, se finge darle con la otra; de sus discursos al Sacro Colegio; al Eminentísimo Prefecto de la Congregacion de los estudios; al Patriarca babilonio de los Caldeos; á los prelados de varias regiones de Italia; á los Colegios prelaticios; á sucesores de los Apóstoles recientemente nombrados; al Capitulo de la Basilica Liberiana; á los párrocos de Roma y predicadores de la Cuaresma; á los nobles de la santa Metrópoli; á los oficiales del ejército pontificio; á la Pia Unión de las mujeres católicas de Roma; á los representantes de la prensa fiel; al *Comité* permanente de los Congresos católicos; á los Arcades; á los peregrinos de Italia, de Prusia, de España, de Bélgica, de Hungría, de Francia, etcétera.»¹

Otra de las joyas más preciadas de la corona inmortal, que ya en vida ciñe la sagrada cabeza de León XIII, consiste en la habilidad diplomática y talento verdaderamente práctico con que ha sabido reanudar ó mejorar las relaciones de la Santa Sede con los Gobiernos de ambos mundos, más ó menos frias. ó rotas por completo, á la muerte de Pío IX. Austria se muestra cada vez más dispuesta á favorecer al Papa y á las cordiales relaciones que mantiene León XIII con la familia imperial se debe, que el Emperador de Austria no devuelva en la ciudad Eterna la visita que le hizo en Viena Humberto de Saboya. Rusia permite á los Príncipes de la Casa Imperial, que honren al Papa ostensiblemente, deja leer en sus iglesias los documentos pontificios y según las últimas noticias es ya un hecho oficial el concordato entre la Santa Sede y Rusia, firmado por el Cardenal Secretario de Estado de Su Santidad el Emmo. Jacobini y por el Encargado de Negocios del Czar Sr. Bontenieff, con arreglo á las siguientes bases: restable-

1 Discurso citado del Sr. Carulla,

cimiento inmediato de una embajada rusa cerca de la Santa Sede; reinstalación de Monseñor Filinski en la Sede arzobispal de Varsovia; provisión de las Sedes episcopales vacantes, cuyos titulares serán nombrados con el asentimiento de la Santa Sede; aprobación del Gobierno para el nombramiento de Curas; inspección de los Seminarios por el Estado, obligación de predicar en ruso en los pueblos rusos y, facultad de hacer uso de la lengua popular en los pueblos polacos; en fin, plena libertad á los católicos griego-unidos, recientemente convertidos (ó violentamente convertidos, por decirlo así, al cisma), de volver al seno de la Iglesia.

A León XIII se debe también la casi desaparición de la secta de los viejos-católicos en Alemania. Esta potencia ha modificado notablemente las famosas leyes de Mayo, conocidas con el nombre de Kulturkampf, permitiendo la reinstalación en sus Sedes y parroquias á varios Obispos y Párrocos desterrados, procurando atraerse con ahínco á los católicos del imperio, nombrando al Sr. Schloezer representante oficial cerca de la Santa Sede y continuando sin interrupción las negociaciones para concertar con el Papay de una manera estable la paz religiosa. Se dijo que Inglaterra ofreció al Pontífice la isla de Malta, y conocido es el movimiento de retorno á la Iglesia, que se advierte en los elementos conservadores y creyentes del protestantismo: grandes personajes, numerosos ministros ritualistas, sábios, letrados y hasta artistas eminentes, abjuran todos los dias sus errores en el Reino Unido é ingresan en el seno de la Iglesia católica. Los avances y organización del catolicismo en Polonia y Hungría, son también notorios, y consoladores en extremo los progresos extraordinarios que hace en Oriente y én el Nuevo Mundo, sobre todo en los Estados-Unidos. En 1881 los católicos, que se elevan á la respetable suma de 6.164,202, tenían en la gran república norte-americana 5.670 iglesias, al frente de las cuales había 6.612 sacerdotes. Los cristianos cismáticos

de Oriente, merced á la solicitud incesante del actual Papa por aquellas iglesias, vuelven también los ojos hácia el centro de unidad y recientemente se ha convertido al catolicismo todo el pueblo búlgaro de Allihodgialar, compuesto de setenta familias, siendo también numerosísimas las conversiones entre los armenios no unidos y pudiendo augurar por lo tanto, para una época no lejana, la vuelta completa al catolicismo de las naciones búlgara y armenia. ¡Quien sabe si al insigne Pontífice, que rige los destinos del mundo católico, le tiene Dios reservados triunfos y consuelos no previstos!

VI.

Como *ex abundantia cordis loquitur os*, mucho, muchísimo más pudiera decirse de la gran figura de León XIII; de la discreción y sabiduría con que gobierna la Iglesia Católica; de su vida, no solamente modesta sino austerísima; de su piedad ferviente, de su generosidad sin límites; de su actividad pasmosa; de su amor á las ciencias, las letras y las artes y de la protección que las dispensa; de su energía santa; de sus audiencias solemnes; de la predilección que manifiesta á los españoles, etc., etc.: pero me he extendido demasiado, contra mi propósito, y hora es ya de dedicar algunas palabras al segundo extremo de mi tesis. Muchos y no fáciles de cumplir son los deberes que la calamidad de los presentes tiempos impone á los católicos todos y singularmente á los españoles para con el Papa.

Por fortuna, á las tinieblas palpables en que vivíamos ha sucedido la luz, á la confusión la claridad, á las vacilaciones é incertidumbres una norma de conducta, segura é infalible, como emanada de la misma fuente de verdad. Contenida está tal pauta de nuestros deberes en la admirable Encíclica

Cum multa, fechada en Roma el día de la Concepción Inmaculada de María, que la Santidad de Leon XIII acaba de dirigir á todos los Arzobispos y Obispos de España. Al extractarla con la fidelidad y respeto que tan augustos documentos se merecen, siempre que la brevedad lo permita, copiaré literalmente las sagradas palabras del Romano Pontífice. Empezamos nuestro amadísimo Padre Santo elogiando á la *generosa y noble nación española* porque *aun conserva aquella su primitiva y casi hereditaria firmeza en la fé católica*; afirma después que *no hay cosa que no se pueda esperar en España, si tales sentimientos de los ánimos fuesen fomentados por la caridad, y fortalecidos por una constante concordia de las voluntades*: se lamenta en seguida de que *habiéndose puesto de por medio las pasiones de partido se descubren huellas de desuniones que dividen los ánimos como en diferentes bandos, y perturban no poco aún las mismas asociaciones fundadas por motivos de Religión*, y de que, *á menudo los que investigan cuál es el modo más conveniente para defender la causa católica, no hacen de la autoridad de los Obispos tanto caso como fuera justo, no faltando, á veces, si el Obispo ha aconsejado algo, y aun mandado según su autoridad, quienes lo lleven á mal ó abiertamente lo reprendan, interpretándolo como si hubiese querido dar gusto á unos, haciendo agravios á otros*; recomienda á continuación *cuánto importa conservar incólume la unión de los corazones*, para que los cristianos todos resistan al enemigo, *juntando en uno sus fuerzas con perfecta armonía de voluntades*; y al efecto, encarga á los Obispos españoles, que haciéndose *intérpretes* de los saludables avisos del Papa, empleen su prudencia y su autoridad *en afianzar la concordia*. Entrando luego en materia, formula clara y terminantemente la verdadera doctrina católica acerca de la Iglesia y los partidos en los siguientes términos:

Ante todo es oportuno recordar las mútuas relaciones entre lo religioso y lo civil; muchos se engañan en esto por dos clases de errores opuestos. Porque suelen algunos, no sólo distinguir, sino aun apartar y separar por completo la política de la Religión, queriendo que nada tenga que ver la una con la otra, y juzgando que no deben ejercer entre si ningún influjo. Estos ciertamente no distan mucho de los que quieren que una nación sea constituida y gobernada, sin tener cuenta con Dios, Criador y Señor de todas las cosas: y tanto más perniciosamente yerran, cuanto que privan desatentadamente á la república de una fuente caudalosisima de bienes y utilidades. Porque si se quita la Religión, es fuerza que flaquee la firmeza de aquellos principios que son el principal sostén del bienestar público y reciben grandísimo vigor de la Religión: tales son en primer lugar el mandar con justicia y moderación, el obedecer por deber de conciencia el tener domeadas las pasiones con la virtud, el dar á cada uno lo suyo y no tocar lo ajeno.

Empero como se ha de evitar tan impio error, así también se ha de huir la equivocada opinión de los que mezclan y como identifican la Religión con algún partido político, hasta el punto de tener poco ménos que por separados del Catolicismo á los que pertenecen á otro partido. Esto en verdad es introducir malamente las fracciones políticas en el ajustocampo de la Religión; querer romper la concordia fraterna y abrir la puerta á una funesta multitud de inconvenientes.—Por tanto, lo religioso y lo civil, como se diferencian por su género y naturaleza, así también es justo que se distingan en vuestro juicio y estimación. Porque las cosas civiles, por más honestas é importantes que sean, miradas en sí, no traspasan los límites de esta vida que vivimos en la

tierra. Más por el contrario la Religión, que nació de Dios y todo lo refiere á Dios, se levanta más arriba y llega hasta el Cielo. Pues esto es lo que ella quiere, esto lo que pretende, empapar el alma, que es la parte más preciosa del hombre, en el conocimiento y amor de Dios, y conducir seguramente al género humano á la ciudad futura, en busca de la cual vamos caminando.

Por lo cual es justo que se mire como de un órden más elevado la Religión y cuanto de un modo especial se liga con ella. De donde se sigue que ella, siendo como es, el mayor de los bienes debe quedar salva en medio de las mudanzas de las cosas humanas y de los mismos trastornos de las naciones, ya que abraza todos los espacios de tiempos y lugares. Y los partidarios de bandos contrarios por más que disientan en lo demás, en esto conviene que estén de acuerdo; en que es preciso salvar los intereses católicos en la nación. Y á esta empresa noble y necesaria, como unidos en santa alianza, deben con empeño aplicarse todos cuantos se precian del nombre de católicos, haciendo callar por un momento los pareceres diversos en punto á política, los cuales por otra parte se pueden sostener en su lugar honesta y legitimamente. Porque la Iglesia no condena las parcialidades de este género, con tal que no estén reñidas con la Religión y la justicia; sino que, lejos de todo ruido de contiendas, sigue trabajando para utilidad común y amando con afecto de madre á los hombres todos, si bien con más especialidad á aquellos que más se distinguieren por su fé y su piedad.

Inculca, á continuación, la obediencia que debemos á la potestad legítima, que es el Romano Pontífice en la Iglesia Universal y los Obispos en sus Iglesias particulares. A éstos pertenece en su respectiva jurisdicción el presidir, mandar, corregir, y en general, disponer de todo lo que se

refiera á los intereses cristianos. Ensalza la potestad episcopal recordando, entre otras, aquella sentencia de San Cipriano: El Obispo está en la Iglesia y la Iglesia en el Obispo, y si alguien no está con el Obispo, no está en la Iglesia... Por donde se vé que es necesario tener á los Obispos el respeto que pide la excelencia de su cargo, y obedecerles enteramente en las cosas que tocan á su jurisdicción. Recomienda singularmente la modestia, obediencia, gravedad y moderación á los miembros del Clero, á cuyo deber no corresponde que los Sacerdotes se entreguen completamente á las pasiones de partidos de manera que pueda pareccr que más cuidado ponen en las cosas humanas que en las divinas. Mas adelante, León XIII alaba el establecimiento é industrias de las asociaciones católicas, que son como cohortes auxiliares para el acrecentamiento de la Religión; pero como fácilmente puede acontecer que los sócios tengan diversos pareceres en puntos políticos, por lo mismo á fin de que no venga á alterarse la unión de los ánimos por las opuestas parcialidades, conviene tener presente cuál es el fin que se proponen las asociaciones que se llaman católicas, y al tomar los acuerdos tener los ojos tan fijos en aquel blanco, como si no pertenecieran á ningún partido. Reglas terminantes contiene también la Enciclica para los escritores católicos, á los cuales dice el Papa: Y como quiera que nada hay más contrario á la concordia que el desabrimiento en el hablar, la temeridad en sospechar y la malicia en acriminar, es preciso evitar todo esto con suma precaución. Las disputas en defensa de los sagrados derechos de la Iglesia no se hagan con altercados, sino con moderación y templanza, de suerte que dé al escritor la victoria en la contienda, más bien el peso de las razones, que la violencia y aspereza del estilo.

Encarga, por último á los Obispos, que expliquen la mente

pontificia y pongan el *empeño posible en que todos conformen cada día su conducta con lo dicho*, en tan preciosa carta; que para la *unión de los ánimos y uniformidad de disciplina*, conferencien unos Obispos con otros y los de una misma provincia con el Metropolitano y *cuando el asunto lo pidiera* acudan à la Silla Apostólica, *para lo cual ofrecerán coyuntura muy propicia las romerías que suelen emprenderse en España*; y termina diciéndoles: *rogad mucho à Dios juntamente con Nos para que dé à Nuestros avisos virtud y eficacia, y disponga los ánimos de los pueblos à obedecer.*

Hasta aquí el áureo documento, que el Cielo nos envia para nuestro bien. Nada más fácil que formar un pequeño ramillete condensando en pocas palabras los deberes que la palabra pontificia impone á los católicos españoles; pero el respeto sella mis lábios, que abro únicamente para exclamar: ¡Lado sea bios, que con un rayo de su luz inextinguible se ha dignado iluminar las inteligencias de los católicos españoles!

VII.

Esto no obsta para que afirme, que todos nuestros deberes en órden al Romano Pontífice, se encuentran virtualmente comprendidos en el primero y principal, que en mi opinión humilde, es el de la obediencia. Hoy que toda autoridad se pone en tela de juicio, que todo poder carece del prestigio necesario para imponerse á los corazones; preciso es que la obediencia que el católico tiene obligación de prestar al Vicario de Cristo en la tierra, sea omnímoda, sin cortapisas ni restricciones, como es infalible la autoridad de la Cabeza visible de la Iglesia. El hijo, que de veras ama y respeta á su padre, le obedece y complace, no solamente en lo obligatorio,

sino también en lo libre. Las más pequeñas indicaciones del Romano Pontífice, relativas tanto á los asuntos dogmáticos y morales, cuanto á aquellos otros que Dios ha entregado á las disputas de los hombres, deben, por consiguiente, ser en el acto obedecidas y secundadas por cuantos de buenos católicos se precian. La miseria de los tiempos y el espíritu de rebelión y de soberbia, que palpita en las entrañas de la sociedad actual, exigen como nunca en los católicos esta obediencia incondicional y voluntaria, á que tiene por otra parte derecho incuestionable un poder infalible. Nunca como al presente ha sido tan necesario este lazo de unión íntima entre el Padre Santo y sus hijos. El feligrès en comunión con su Cura párroco, el Cura párroco en comunión con su Obispo, el Obispo en comunión con el Papa, y el Papa en comunicación misteriosa con Dios para recibir en la fuente de toda verdad y de toda vida las inspiraciones necesarias á fin de apacentar á su grey con pastos saludables. Esta es y ha sido siempre la verdadera doctrina católica: quien de ella se separe, ó la contradiga con su conducta, ó busque pretextos políticos ó impolíticos para desobedecer abiertamente ó no secundar los mandatos é indicaciones del Supremo Jerarca de la Iglesia, ese no merece el nombre, ni de buen hijo, ni de buen católico.

Una de las más apremiantes necesidades del Romano Pontífice, para el libre ejercicio de su altísimo ministerio doctrinal y gubernativo, consiste en esa absoluta independencia, que únicamente puede proporcionarle la soberanía efectiva sobre un territorio más ó menos extenso. Nunca ha sido de fe el poder temporal de las Papas; pero sí de necesidad para el gobierno de la Iglesia. Terminantemente lo han dicho, tanto Pio IX como León XIII, en diferentes Encíclicas, Allocuciones y protestas, que sería prolijo enumerar. «No es ni será nunca el Romano Pontífice (decía Pio IX en su memorable Alocución *Luctuosis exagitati*) dueño de la completa

libertad de sus actos, ni de la plenitud de su potestad, mientras en ésta su ciudad se vea súbdito de otros señores. En Roma no puede ser otra su suerte, que la de Príncipe Supremo ó la de cautivo.» Y para que se viese la libertad é independencia que la ley famosa de *las garantías*, ofrece en sus artículos al Pontífice Romano, añadía: «En realidad de verdad todo lo podemos reducir á esta breve sentencia: *la Iglesia de Dios padece violencia y persecución en Italia; el Vicario de Jesucristo no goza de libertad, ni del uso expedito y pleno de su poder.*» La situación no ha cambiado, antes bien se agrava de día en día, como lo prueban elocuentemente los escandalosos atropellos cometidos contra las venerandas cenizas de Pio IX, en la infausta noche del 12 al 13 de Julio de 1881, y el reciente proceso Martinucci; y en multitud de ocasiones ha hecho suyas León XIII las protestas y declaraciones de su glorioso antecesor. «Por razón del oficio que Nos constriñe á defender los derechos de la santa Iglesia (dice en su Encíclica de Abril del 78, y valga esta cita por todas) no podemos dispensarnos de *renovar y confirmar* con nuestras Letras presentes las declaraciones y protestas que Nuestro predecesor Pio IX, de santa memoria, hizo repetidamente contra la ocupación del Principado civil y contra la violación de los derechos de la Iglesia Romana.» *Roma locuta causa finita*, y al buen católico no le queda más recurso que contribuir por cuantos medios, directos é indirectos, tenga en su mano, al restablecimiento del poder temporal de los Papas. No es ocasión de enumerar estos medios: con tal de que sean lícitos y eficaces, todos son buenos, incluso la cruzada que con tanto valor como entusiasmo defiende en todos sus escritos cierto publicista católico.

Mientras llega el ansiado día, es también deber ineludible de los católicos contribuir al sostenimiento de la Santa Sede por medio del llamado *Dinero de San Pedro*. La lista civil del Vaticano ya no existe, y de los treinta millones de liras,

que con arreglo á la ya citada *ley de las garantías*, se asignan anualmente al Romano Pontífice por el gobierno italiano, no ha entrado un solo céntimo en el palacio apostólico, pues la única vez que el Quirinal tuvo el atrevimiento de remitir la mensualidad corriente al Vaticano la rechazó Pío IX con indignación decorosa. Carece, pues, el Papa de presupuesto de ingresos; y el de gastos es, en cambio, hoy día, poco más ó menos, el mismo que en tiempos de su dominación temporal. Sobre la Santa Sede pesa en la actualidad lo mismo que entonces, el gobierno de la Iglesia universal; el sostenimiento de la corte y funcionarios pontificios, de las Congregaciones, oficinas, seminarios, colegios, misiones, vicariatos apostólicos, de ciertos Obispados y de muchas nunciaturas; la conservación y reparaciones de los palacios apostólicos, museos, bibliotecas y edificios religiosos; y el coste, en fin, de numerosas obras pías, benéficas y aún artísticas. Gracias á la misericordia divina, las misiones católicas abarcan de día en día más extensos territorios y hacen mayores progresos en países remotísimos; sabido es, que habiendo sido despojada la Propaganda de sus bienes, el sostenimiento de aquéllas corre á cargo del tesoro pontificio. La generosidad del Papa en cuanto se refiere al socorro de sus hijos, no tiene límites y en medio de la penuria de los tiempos, León XIII continúa (cosa al parecer inverosímil) las obras monumentales, como las de la Basilica de San Pablo, emprendidas por sus antecesores en días bonancibles. No quiero hacerme pesado: el real Mendigo del Vaticano pide nuestro concurso y reclama nuestro óbolo. No es pues verdadero católico el que echa un nudo á su bolsa y no contribuye según sus recursos á sostener y aumentar, si es posible, el *Dinero de San Pedro*.

VIII.

En resumen: conoceis ya los hechos más importantes, que componen la biografía gloriosa del Papa León XIII, desde su nacimiento en 2 de Marzo de 1810, hasta su jubileo sacerdotal en 23 de Diciembre de 1882; y á tres podemos reducir los principales deberes de los católicos para con el Papa, en los presentes calamitosos tiempos, á saber: deber de obediencia omnimoda, deber de contribuir por todos los medios á la restauración del poder temporal, y deber de sostener y aumentar el *Dinero de San Pedro*. Esta es la síntesis de mi modesto trabajo.

Para concluir, imaginad ahora que, por arte mágico, todos los aquí reunidos y cuantos en espíritu quieran asociársenos, nos trasladamos de repente á la Ciudad Eterna, cruzamos el puente de San Ángelo, atravesamos la elíptica y grandiosa plaza de San Pedro, dejamos atrás la columnata de Bernini, penetramos en el Vaticano, y conducidos por Monseñor Machi, Maestro de Cámara de Su Santidad, caemos de rodillas ante el trono pontificio. ¿Qué vemos?

Blanco como el ampo de la nieve, y erguido como vieja palmera, que no han podido doblegar las tempestades, ni los años, sobre las gradas del trono se destaca augusto anciano, que cautiva nuestros corazones y miradas. Rodéanle Cardenales, Arzobispos, Obispos, Monseñores, Guardias Nobles y demás personajes de su brillante corte. Aquel anciano es León XIII: miradle. Alto, delgado, derecho, enjuto de carnes, de marcados pómulos y maneras nobilísimas, en su frente espaciosa, prolongada, serena, lateralmente circuida de canas abundantes y coronada por el blanco solideo hácia atrás caído, se retrata (como dice el Cardenal Alimonda) la magestad de los cielos tranquilos; en sus ojos grandes,

rasgados, vivos, negros y protegidos por cejas espesas, fulgura la luz interior de la inteligencia y de la doctrina, y se descubre la reverberación de un sol, que no es el de nuestro horizonte, sino el sol sempiterno; su nariz, más larga que corta y ligeramente encorvada, indica sagacidad grande y aumenta la distinción de la fisonomía; sus delgados labios y su boca grande y ondulante, con los pliegues que al sonreír aparecen perfectamente marcados debajo de los pómulos, atraen, y expresan con elocuencia la encendida caridad, que palpita en su pecho; y su aspecto todo impone y subyuga por los rayos de grandeza que despide en todas direcciones. Prescindid de que es el Vicario de Jesucristo en la tierra, quitadle aquella sotana blanca y sencillo pectoral de oro, ponedle un traje vulgar y si, encontrándole en cualquier parte, le mirais de hito en hito, instintivamente os llevareis la mano al sombrero para descubriros en su presencia. El célebre orador M. Chesnelong decía, en 17 de Mayo de 1881, á los católicos franceses: «Acabo de tener el honor de prosternarme y de besar los sagrados piés del Padre Santo, como también de oír aquella voz, en la cual vibra la magestad del Pontífice y la ternura del Padre. La grande alma de León XIII se revela en sus palabras. ¡Qué firmeza tan segura de sí propio! ¡Qué intrépida seguridad! ¡Qué poderosa moderación! ¡Qué altura y qué profundidad de pensamientos! ¡Qué noble compasión y qué tierno amor á las almas! ¡Qué fé tan soberana y qué indomable confianza! ¡Qué clara percepción de lo presente y qué admirable intuición de lo porvenir! ¡Cuánta autoridad y cuánta bondad! ¡Cuán imponente y grande se presenta este soberano, destronado y desposeído á la vez! ¡Cómo se comprende que lleva dentro de sí mismo la fuerza de Dios, y que se preservan por él la dignidad, la libertad, la nobleza y la salud de las almas!»

Suponed ahora, que nuestro bondadoso Presidente surge de en medio de vosotros, se adelanta hacia el trono pontificio

y conmovido y tembloroso, exclama: «Beatísimo Padre: la Juventud Católica, la Asociación de Católicos, el Círculo de Obreros y las Conferencias de San Vicente de Paul de Valencia, con otros muchos católicos valencianos que nos acompañan, os felicitan entusiástamente con el fausto motivo de vuestro jubileo sacerdotal, os desean largos años de vida para bien de la Iglesia, é imploran de rodillas vuestra bendición apostólica.» Y figuraos, por último, que el Padre Santo, no sólo nos bendice, sino que baja de su trono; conversa amorosamente con nosotros y apoya, entre tanto, sus sagradas manos sobre nuestras cabezas. Nervioso estremecimiento se apodera de nuestros cuerpos, mezcla inexplicable de sorpresa, júbilo, respeto y amor circula por nuestras venas; las lágrimas corren hilo á hilo por nuestras mejillas; el corazón parece que quiere saltar del pecho y la palabra se anuda en nuestras gargantas. Ni logramos articular frase alguna, ni sabemos lo que nos pasa. Un *viva* resuena de repente en la regia estancia y con voz potente y como si fuésemos un solo hombre gritamos todos con entusiasmo indescriptible: ¡*Viva León XIII!*

No sueño, hermanos míos: estas imaginaciones pueden convertirse en realidades el día en que el Papa nos llame y capitaneada por nuestro virtuoso y sabio Arzobispo, se presente en Roma la peregrinación valenciana.—HE CONCLUIDO.



Biblioteca
de Catalunya

FAO

Adq. 1001701865

CB.

Top.

2007-12-C 20/13

BIBLIOTECA DE CATALUNYA



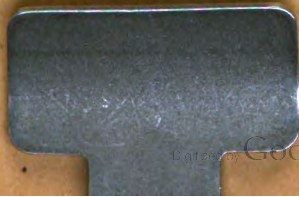
1001701865

Digitized by Google

Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

73

W.C. 22



225

OBRAS Y OPÚSCULOS

DE

DON MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Reales.

<i>Elementos de Psicología</i> , (236 páginas en 8.º francés, segunda edición).	12
<i>Elementos de Lógica</i> , (288 páginas en 8.º francés, segunda edición.)	12
<i>Elementos de Ética</i> , (264 páginas en 8.º francés, segunda edición).	12
<i>Programa de Psicología, Lógica y Ética</i> , (45 páginas en 8.º francés, segunda edición).	2
<i>Supuesto parentesco entre el hombre y el mono</i> , (308 páginas en 8.º francés, segunda edición).	14
<i>Costumbres populares de la Sierra de Albarracín</i> , cuatro novelitas originales, (426 páginas en 8.º menor, tercera edición).	8
<i>Los Mayos</i> , novela original de costumbres aragonesas, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo, (202 páginas en 8.º francés, segunda edición).	10
<i>Guía de Tierra Santa y relato de la Peregrinación general española á los Santos Lugares en Octubre de 1881</i> , (424 páginas en 8.º menor).	10
<i>Elogio de Santo Tomás de Aquino</i> , (22 páginas en 4.º).	2
<i>Influencia del Cristianismo y la Iglesia Católica en la civilización de los pueblos</i> , discurso, (27 páginas en 4.º).	2
<i>Apóstolado de la mujer en las sociedades modernas</i> , discurso, (21 páginas en 4.º).	2
<i>Místicos amores de Santa Teresa de Jesús</i> , discurso, (20 páginas en 4.º).	2
<i>León XIII y los católicos españoles</i> , discurso (40 páginas en 8.º francés).	2

El autor (que vive en Valencia, calle de San Vicente, número 146, piso segundo,) remitirá á correo vuelto los libros arriba dichos, si se le piden acompañando su importe en sellos de á 15 céntimos, libranzas ó letras de fácil cobro, y hará rebajas especiales (según la importancia del pedido) á los libreros y corporaciones que paguen al contado.